

LA VIOLENCIA EN LA ESTRUCTURACIÓN SUBJETIVA

Beatriz Janin*

Se puede hablar de la violencia en muchos sentidos. No nos vamos a referir a la violencia primaria, de la que habla Piera Aulagnier, que es estructurante e imprescindible y que no es algo que rompe o perturba sino que, por el contrario, implica significar al otro, ubicarlo como ser humano, deseante.

Como dije en otro texto: *“Hay violencias de las que podemos decir que son estructurantes: 1) la violencia primaria, de la que habla Piera Aulagnier, que se refiere al otorgamiento de sentido, inevitable intrusión humanizante (estructuración del mundo representacional); 2) la violencia identificatoria, en la identificación del otro como alguien, que posibilita verse a sí mismo. (estructuración del yo); 3) la violencia de la amenaza de castración (o de la pérdida del amor), violencia estructurante por excelencia (estructuración del super-yo e ideal del yo). Quizás no sea el más acertado el nombre de violencia para esto, sino el de corte, límite o investidura particular. Lo que presupone es la vigencia de una legalidad y la apertura a la complejización.*

Pero hay otras violencias, que trabajan al servicio de la pulsión de muerte, que son desestructurantes, en tanto tienden a romper conexiones, no a delimitarlas o a posibilitarlas. Siguiendo el diccionario, violencia tiene que ver con una irrupción sin permiso, con un forzamiento. Agregó: irrupción violenta sobre un otro que implica avasallamiento de las posibilidades del otro, que provoca dolor, o que deja a un niño a merced de sus propias necesidades, carente de toda satisfacción. La diferencia es cualitativa” (Janin, B. 1997, pág. 9). Cuando hablamos de violencia, entonces, estamos pensando en la irrupción desmedida, en el quiebre de lazos, en el desconocimiento del otro como tal.

* Licenciada en Psicología (UBA, 1971). Directora del Programa de Especialización en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (en convenio con la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires). Directora de la revista *Cuestiones de Infancia*. Investigadora. Profesora en seminarios de diferentes universidades, hospitales y centros de salud de Argentina y España. Ha publicado numerosos artículos acerca de psicoanálisis con niños y adolescentes en revistas especializadas de Argentina, España, Francia e Italia. Autora del libro *Niños desatentos e hiperactivos. Reflexiones críticas acerca del trastorno por déficit de atención con o sin hiperactividad (ADD/ADHD)* (Buenos Aires: Noveduc, 2007; 3ª ed.). Coautora y compiladora del libro *Marcas en el cuerpo* (Buenos Aires: Noveduc, 2009).

Hay muchísimas formas en las que se manifiesta el maltrato hacia los niños. La explotación de menores, los golpes, el hambre, el abandono, la no asistencia en las enfermedades, la apropiación ilegal, el abuso sexual, etc. son todas formas de la violencia... Golpes que marcan los primeros años, que incrementan el estado de desvalimiento, que impiden el procesamiento y la metabolización de lo vivenciado.

Algunas reflexiones acerca de la violencia en la actualidad

Estamos en un momento en el que hay mucha preocupación por la violencia de los niños y adolescentes. Pero es un tipo de preocupación que sobredimensiona la violencia infantil y juvenil y deja de lado la pregunta sobre las causas, cierra los ojos sobre qué tenemos que ver los adultos con eso, cuáles son las determinaciones de este fenómeno.

Como sostiene Zygmunt Baumann, la idea de la “seguridad”, cuando se supone que lo fundamental es cuidarse de los otros, ha reemplazado a la idea de lazo social, de comunidad solidaria¹.

Considero que muchas veces el acto violento es un recurso para “hacerse ver”, para demostrar que existen en un mundo en el que sienten que no tienen un lugar, de declararse siendo a través de una transformación del medio.

Cuanto mayor sea la dificultad para tener una vida autónoma, para sentirse reconocido y con perspectivas futuras, mayores serán los riesgos de una actuación violenta.

Entonces, el entorno, si no sostiene, se transforma en posibilitador de violencia.

Violencia para registrarse existiendo y para dominar lo indomable.

A través de un acto por el que son ellos los que anulan la subjetividad del otro pasan a ser visibles, es decir, se constituyen ellos como sujeto, suponiendo que ser y ser mirado son equivalentes.

Y cuando aparece en los medios y es mirado por todos, se supone reconocido por todos.

¹ Este autor plantea como uno de los aspectos más fatídicos de lo que ocurre en el mundo “el paso de un modelo de ‘Estado social’ y comunidad inclusiva a un Estado excluyente ‘de justicia criminal’, ‘penal’ o de ‘control del crimen’” (Baumann, 2005, pág. 13).

En una sociedad individualista, poco solidaria, las mayores víctimas son siempre niños y adolescentes, que necesitan redes solidarias y valores que no dependan de la eficacia ni del éxito.

La violencia supone fundamentalmente la anulación del otro como sujeto, del otro en su otredad. Supone la destrucción de los vínculos.

A la vez, pensando en la violencia infantil y juvenil, podemos retomar la afirmación de Phillippe Jeammet: *“Siempre que el narcisismo está en cuestión, el sujeto se defiende por un movimiento de inversión en espejo que le hace actuar como lo que él teme sufrir. El comportamiento violento busca compensar la amenaza sobre el Yo y su desfallecimiento posible imponiendo su dominio sobre el objeto desestabilizador”*, (Jeammet, 2002, pág. 60). Es decir, los niños y los adolescentes suelen ser violentos como modo de defenderse frente a lo que sienten como un gran ataque por parte del medio: el desconocimiento de ellos como personas valiosas, las fracturas narcisistas intolerables.

Como psicoanalistas, podemos tener una mirada que aporte en este tema.

Niños maltratados... de diferentes modos, en diferentes contextos... Cuando una sociedad está en crisis, la infancia queda en estado de vulnerabilidad absoluta.

Y esta se manifiesta en la urgencia para que los niños crezcan, para que sean futuros productores, coartándoles posibilidades de juego. Hay maltrato cuando no se satisfacen sus necesidades básicas, cuando reciben gritos y golpes, cuando están sujetos a la voluntad omnímoda de otro. Pero también hay violencia en los tratamientos cuando se medica para tapar trastornos y para no preguntarse acerca del funcionamiento de los adultos, cuando se confunde depresión con trastornos orgánicos o cuando se supone que el modo de contención de un niño desbordado se puede dar a través de una pastilla.

La violencia, entonces, aparece como deshumanización, como descualificación, como no-reconocimiento.

¿Cómo posicionarnos como psicoanalistas? ¿Cómo operar en estas situaciones?

Janine Puget, en un artículo de *Actualidad Psicológica*, dice:

“Uno de los problemas de los modelos explicativos en las situaciones violentas es que suelen distanciar de una acción modificadora. Ello sobretodo cuando solo conducen a indagar repeticiones, identificaciones,

justificar proyecciones masivas, etc. en la creencia que ello habrá de producir efectos... ¿Cómo conseguir que la concientización del daño causado sea motor para inventar otras maneras de estar con el otro sin repetir una misma conducta: la necesidad de anular al otro en su otredad y de alguna manera anularse a sí mismo en su capacidad vincular?" (Puget, 2005).

No solo debemos develar las condiciones que llevaron a la violencia, sino que debemos poder dar instrumentos para prevenirla, para evitar su repetición.

En la clínica de niños, trabajando con los padres, la pregunta que insiste es: ¿cómo intervenir para que se produzcan modificaciones?

Quizá algunas cuestiones específicas nos pueden ir ayudando:

- 1) ¿Qué elementos entran en juego en la violencia de los adultos contra los niños?
- 2) ¿Qué efectos sufre la subjetividad frente a los embates de la violencia adulta, es decir cuáles son las consecuencias del maltrato en la constitución psíquica de los niños?
- 3) ¿Cuáles son las vías de salida, cuál es el lugar del psicoanalista frente al maltrato infantil?

Situaciones que potencian los vínculos violentos hacia los niños

Vengo observando en la clínica algunas situaciones que suelen funcionar como desencadenantes del maltrato en el entorno familiar. Son justamente situaciones en las que el niño funciona como ese "desestabilizador" insostenible.

Voy a describir algunas:

a) El llanto del bebé. En tanto hace revivir la propia inermidad, el desamparo absoluto, este llanto puede ser intolerable y se puede intentar acallar de cualquier modo. Es decir, un adulto que no tolera su propio desvalimiento puede entrar en estado de desesperación e intentar expulsar lo insostenible golpeando a un niño, intentando silenciarlo. En lugar de hacerse cargo del otro, lo que se intenta es anular el desamparo acallando el llanto de cualquier modo (ahogándolo con la almohada o tirándolo por la ventana o pegándole).

b) El comienzo de la deambulación. Cuando un niño se mueve, aparece como otro y la separación puede ser vivida como catastrófica por el adulto.

Lo incontrolable del niño que se mueve de un modo autónomo puede despertar respuestas violentas. Mientras el bebé no puede alejarse voluntariamente, los acercamientos y distancias son marcados desde la madre. Cuando esta ubica al niño de acuerdo al juicio de atribución (es bueno si es parte de ella misma y malo si es ajeno a sí) al cobrar autonomía el niño pasa a ser un atacante externo, un demonio imparabile, incontrolable. Las palabras de la mamá de Ana, (una nena de cinco años de la que he hablado en otras situaciones²) ilustran claramente esta situación: “Nunca puede estar quieta en un lugar. De beba era un ángel. Comía y dormía. Empezó a gatear a los siete meses y a caminar a los diez meses. De ahí no he tenido descanso. Yo la metía en el corralito y ella se escapaba. Mis padres me dijeron que tenía que comprarle una jaula. Yo la encierro en el baño y se escapa, le pego y le pego y vuelve a moverse...”.

Lo insoportable es la actividad del otro. Lo que hay que hacer es pasivizarlo.

c) El control de esfínteres. Las dificultades en el control pueden ser vividas como ataques, como desafío a la omnipotencia parental. El clásico “me lo hace a mí”. Se le atribuye un sesgo demoníaco a las dificultades del niño.

d) La entrada a la escuela, como lugar en el que el niño pasa a ser mirado por otros. El que el niño falle puede ser vivido como terrorífico. La escuela suele aparecer como el lugar donde la familia queda expuesta frente al mundo. No solo el niño es el que va a ser mirado, sino toda la familia. Ahí suele sumarse la violencia de las escuelas, que funcionan como expulsivas y la de las familias, que suponen que el niño es el culpable de la vergüenza sufrida. Por otra parte, cuando un niño tiene dificultades de seguir el ritmo escolar, o de adaptarse a las normas de la escuela, esta suele culpar a la familia, mientras que los padres suelen culpar a la escuela. Se entra en un circuito de acusaciones mutuas que deja al niño sin referentes. A veces, se ubica al niño como culpable, sin preguntarse qué es lo que está diciendo con su accionar.

Cuando un niño no cumple con los ideales de los padres suele ser vivido como un atacante, como aquel que daña, defraudando las expectativas puestas en él. Y esto suscita la violencia de los adultos. Es la diferencia entre el hijo real y el ideal lo que no puede ser aceptado. Se supone que ese niño, que no cumple con lo esperado por ellos, fracasará en el mundo y quedará excluido, no solo de la escuela, sino de la sociedad, desestimando la idea de tiempo y transformación.

² Janin, B.: *Cuestiones de Infancia* N° 2 “Violencia y Subjetividad”.

Acá se liga lo familiar y lo social.

André Green define la pulsión de muerte como desobjetalizante (“la perspectiva de la pulsión de muerte es cumplir en todo lo que sea posible una función desobjetalizante por la desligazón”) (Green, 1991, pág. 73), es decir que ataca al hecho mismo del investimento. Si los niños irrumpen rompiendo la tranquilidad, si son los que exigen conexión, es posible que lo que se haga sea matar la vida, transformarla en una secuencia monótona, a través de maltratar a un niño. Niños y adolescentes son los que nos exigen un “plus”, pero un plus vital, de tolerancia a lo nuevo.

Y también podemos preguntarnos: ¿a quién maltratan al maltratar a un niño? Generalmente, a aquello que quisieran destruir en sí mismos y retorna desde el otro. Y esto es fundamental: es lo propio insoportable que retorna desde el afuera lo que se quiere destruir, aniquilar, silenciar.

Los propios deseos prohibidos, las inhibiciones, las falencias, lo otro interno “demoníaco” se presentifica muchas veces en uno de los hijos. Y entonces, hay que anularlo, ubicándolo como si fuera un extraño. Curiosamente, es justamente aquél hijo con el que mayor es la identificación el que moviliza esta intensidad del rechazo. Lo propio visto como ajeno, como otro, aparece como siniestro y hay que eliminarlo.

El niño puede ser ubicado por los adultos como un inferior a ser dominado o como un igual al que no se le toleran las diferencias. Darle un lugar de semejante diferente, reconocerlo como tal, es básico para que pueda constituir un funcionamiento deseante, una imagen valiosa de sí y un bagaje de normas e ideales que lo sostendrán en los momentos de crisis.

Es decir, el contexto debe conformar un ambiente que, sin ser “perfecto”, sea confiable y suficientemente estable, como para permitir la constitución de un espacio psíquico, de un yo-piel y de una presión secundaria que interiorice las prohibiciones ya reprimidas por la psique parental.

Pero si se mata la idea de futuro y esperanza se está produciendo violencia. Y las consecuencias pueden ser la apatía, la ruptura de lazos sociales, las actuaciones, las adicciones y la delincuencia.

Diferentes tipos de maltrato

1) Maltrato por exceso, por ruptura de las barreras de protección antiestímulo. El dolor arrasa con el entramado psíquico. La tendencia no va a ser entonces a inscribir huellas sino a expulsar todo lo inscripto.

Mientras que hay estímulos de los que se puede huir, los estímulos de los que estamos hablando son aquellos de los que no se puede huir, ya sea porque son sorpresivos y atacan de golpe, o porque se está encerrado, apesado en la situación dolorosa (padre que tira al chico contra la pared o padre que le pega sin parar durante mucho tiempo).

2) Maltrato por déficit. Ausencia de cuidados, de contención. Es el caso de los niños abandonados, que quedan a merced de las propias sensaciones y exigencias internas. La libido no puede ligarse a nada, no hay mundo representacional a imposibilidad de elaborar la ausencia en tanto no hubo sostén ni presencia materna. Son traumas por vacío. También el silencio es un modo de violencia. No responder al otro es un ataque al otro como sujeto. "La respuesta mecánica es una respuesta desubjetivante y es tan grave como el silencio. El silencio también es una forma de la crueldad. Por eso las no-respuestas a las necesidades del prójimo son formas de ejercicio de la crueldad y de violencia silenciosa" (Bleichmar, S., 2008).

Es decir, tanto si desde el mundo se arrasa con las propias posibilidades, tiempos, ritmos como cuando se lo deja en un mundo sin investiduras libidinales, se ejerce una violencia desestructurante.

3) Hay también otros tipos de maltrato: cuando se fuerza a un niño a quebrar sus soportes identificatorios o se desconocen sus posibilidades y su historia. Las amenazas, la denigración permanente: "Sos un desastre", "Sos tonto", "Sos malo" o las exigencias desmedidas dejan marcas de dolor. ¿Cómo constituir una representación valiosa de sí, como organizar pensamientos y sentimientos cuando lo que predomina es la ruptura de toda valoración?

Un niño difícilmente pueda diferenciarse del contexto. La violencia es siempre en él un interno-externo indiferenciable.

A diferencia de un adulto que tiene la posibilidad de contrastar su memoria con el presente, el niño no ha podido construir todavía una historia que le permita oponer otras representaciones a las que irrumpen en forma de maltrato.

Pero lo que se opone a esta negación de futuro es la esperanza.

Rosine Crémieux (psicoanalista francesa que estuvo en un campo de concentración) dice: *"Según mi experiencia, la fuerza del lazo entre el niño que fuimos y nuestros padres aparece como uno de los elementos determinantes de nuestro comportamiento en el campo y de nuestras chances de sobrevivir; contribuye*

a reforzar nuestro deseo de vivir...". Y plantea que uno de los elementos constitutivos del psiquismo es la esperanza de obtener ayuda externa. Y que ella esperaba todo el tiempo, en el campo de concentración, que alguien viniera a salvarla.

Esto nos llevaría a preguntarnos qué ocurre cuando el maltrato es generalizado (de todos los miembros de la familia y también social) y por ende, no hay nadie de quien esperar ayuda externa. ¿Qué efectos de desfallecimiento psíquico puede traer el que no haya esperanza? ¿Cómo sostener la esperanza si alguien no ha recibido de pequeño sostenes externos? ¿De quién esperar ayuda?

Los efectos psíquicos del maltrato

Hay marcas en el cuerpo, marcas como agujeros de pensamiento y marcas en los descendientes, como memoria del terror que insiste.

Es importante entonces diferenciar los efectos del maltrato cuando los maltratantes son ajenos al círculo íntimo o cuando son aquellos investidos libidinalmente. Esto último deja al niño sin escapatoria.

Cuando el maltrato es ejercido por aquellos de los que depende la vida y el sostén amoroso, las zonas erógenas se constituyen marcadas por el dolor... con lo que predominan: a) funcionamientos masoquistas (cuando el dolor no ha sido tan insoportable como para impedir la ligazón con Eros) y b) un cuerpo doliente, agujereado (cuando el dolor ha dejado como marca agujeros representacionales), en el que todo contacto es lacerante (son niños que rechazan cualquier acercamiento).

El yo de placer se estructura por identificación con una imagen devaluada o monstruosa de sí. Y hacerse cargo de la propia motricidad, del propio lenguaje, dominando el mundo se torna muy complicado cuando se lo supone siendo una suerte de muñeco en manos de otros o un monstruo a destruir...

La represión primaria no se puede estabilizar en tanto los que transmiten lo reprimido no lo tienen claramente instaurado.

Cuando una madre o un padre maltratan a un hijo, al mismo tiempo que muestran los deseos de destrucción, de aniquilamiento del otro, develan con su accionar el vínculo erótico incestuoso y mortífero.

Sabemos que los dos dictados que posibilitan al sujeto advenir a la cultura son: la prohibición del incesto y la prohibición del asesinato. En muchas familias, ambos están permitidos...

“Pero el trabajo de la instancia represora no se puede producir, menos todavía lograr, en ausencia de dos aportes exteriores: las interdicciones pronunciadas por una instancia parental que se hace en esto “portavoz” de las exigencias culturales y en mayor medida el hecho de que esas prohibiciones recaen sobre lo que ya debe formar parte de lo reprimido de los padres, los deseos a que renunciaron en un lejano pasado y que ya no tienen sitio en la formulación de sus deseos actuales” [...] “Toda cultura se basa en determinadas prohibiciones que ella debe respetar y que deben ser interiorizadas si no por la totalidad, al menos por la mayoría de los sujetos”, afirma Piera Aulagnier (Aulagnier, 1986, pág. 240). Dificultad para que se instauren diferencias internas, que se organicen espacios y legalidades contrapuestas.

Es decir, la hostilidad manifiesta en el maltrato garantiza el vínculo indiscriminado, incestuoso e imposibilita la separación.

Según J. Lewis Herman los síntomas del stress post-traumático pueden incluirse en tres categorías: 1) estado de alerta permanente, como si el peligro pudiese retornar en cualquier momento, con trastornos del sueño e irritabilidad; 2) intrusión, es decir, el momento del trauma es revivido reiteradamente e invade la vida cotidiana, los pensamientos y los sueños; 3) constricción, es decir, una persona puede entrar en estado de rendición, de derrota, con sensaciones de aletargamiento e incapacidad para sentir y para actuar, con cesión de la iniciativa y el juicio crítico; hay indiferencia, con retirada emocional y cambio en el sentido del tiempo; puede haber dificultades para fantasear y para planificar el futuro.

A la vez, se da una fluctuación entre intrusión y constricción, entre la amnesia y la reviviscencia del trauma, entre sentimientos intensos y estados de no sentir, entre una acción compulsiva y la inhibición de toda acción. Y esta fluctuación exacerba más aún la sensación de desvalimiento.

Tomando todo lo dicho anteriormente, podemos decir que los efectos posibles del maltrato en la estructuración subjetiva son³:

1) Anulación de la conciencia en tanto registro de cualidades y sensaciones: Cuando el maltrato se da desde los primeros momentos de la vida, se pierde la posibilidad de diferenciar sensaciones, todo es igual; no hay diferencias. Habitualmente, un niño con padres “suficientemente buenos” puede cualificar

³ Algunas de estas consecuencias fueron expuestas en el artículo publicado en *Cuestiones de Infancia* N° 2 “Violencia y subjetividad”, en 1997.

el mundo, registrar diferencias y sentirse vivo, sin ser sacudido por emociones fuertes. Puede sentir placer en el contacto tierno, en escuchar música, en leer un cuento. Estos chicos golpeados, maltratados, no. Son chicos que quedan anestesiados, con una parte muerta y que necesitan ser sacudidos. Suelen buscar el peligro, jugar con la posibilidad de un accidente, drogarse, golpearse contra el mundo (como los que juegan en las vías del tren a esquivarlo), buscando sensaciones “fuertes”.

2) *Falta de registro de los afectos*: La sensación es de estar muerto-vivo: entran en apatía afectiva (como los sobrevivientes de los campos de concentración). La apatía es efecto de la pulsión de muerte. La anestesia afectiva deja al sujeto en un estado de desvitalización. Predomina un sentimiento mortecino, un estado de sopor, sin conciencia, en el que no pueden anticipar situaciones posteriores. “Lo peor es no sentir”, planteaba un paciente adolescente.

3) *Tendencia a la desinscripción, a la desinversión, a la desconexión*: tienden a “excorporar” (Green) o a expulsar violentamente toda investidura, lo que deriva en un vacío. Ha quedado un terreno arrasado, mantienen “pedazos muertos” a nivel representacional. Trastornos graves de pensamiento pueden predominar en estos niños, con dificultades para ligar y conectar lo inscripto. Puede producirse un desinversión desobjetivante que se manifiesta por la extinción de la actividad proyectiva, con el sentimiento de muerte psíquica. Esto trae como consecuencia perturbaciones del funcionamiento mental, que pueden ser acompañados por desorganizaciones somáticas graves, con pobreza de las actividades psíquicas o carencia de su investimento.

4) *Confusión identificatoria*: Cuando los sostenes identificatorios han sido arrasados, el niño se pierde en la nebulosa de no saber quién es. A veces, puede salir de la confusión ubicando un enemigo externo, o un mundo externo como peligroso y recurriendo a la violencia. Otras veces, adquiere una identidad por identificación con aquello que los otros suponen que lo define: malo, tonto, etc. Muchas veces, en los niños la idea de ser malvados se instala como modo de justificar el maltrato. Prefieren sentirse culpables por todo lo que ocurre (rescatando de paso una posición de omnipotencia narcisista) a suponerse rechazados por otro amado. Así, desmienten o desestiman la violencia del otro. Y muchas veces se esfuerzan en realizar actos que la justifiquen.

5) *Repliegue narcisista*: Pueden defenderse construyendo una coraza antiestímulo onniabarcativa. La coraza les permite aislarse de un mundo que

aparece como hostil. Funcionan como animales heridos, reclusos en una cueva protectora.

6) *Repetición de la vivencia en su forma activa o pasiva*: a) hacer activo lo pasivo (identificación con el agresor) b) buscando que alguien se haga cargo de que la repetición textual se dé (buscar otro agresor). Lo que se torna ineludible es la repetición de la vivencia. Un niño puede repetir vivencias de sus padres o abuelos, que les han sido transmitidas sin palabras. Hay muchas veces, tal como plantea Freud, un intento ligador. Pero en el caso de los niños maltratados desde momentos muy tempranos de su vida, la repetición más que de un vínculo doloroso, es repetición de un dolor arrasante y de un vaciamiento representacional. Es imprescindible tener en cuenta que muchas veces se repiten dolores ajenos, violencias sufridas por antepasados.

7) *Irrupciones del proceso primario*: Es frecuente que haya dificultad en la consolidación de la represión primaria, en tanto la violencia de un adulto hacia un niño supone siempre que el incesto está siendo actuado. Esto puede llevar a que haya, por momentos, producciones bizarras.

Cuando los padres maltratan al hijo, el contexto cae como protector. Se impide entonces la estructuración del pensamiento, se anula la posibilidad de simbolizar, se producen desestructuraciones y oídas o identificaciones patológicas con lo rechazado y se imponen como defensas la desmentida y la desestimación.

8) *Actitud vengativa frente al mundo*: “algo me han hecho y merece un pago”, acompañado de la dificultad en la construcción de soportes éticos. Esto lleva a situaciones de delincuencia en niños que han sufrido privación (lo que ha sido desarrollado fundamentalmente por D. Winnicott).

9) *Déficit de atención*: cuando hay ausencia de estimulación o un exceso permanente, no se constituye la investidura de atención en relación con el mundo (que se crea como consecuencia de un vínculo). Coincide con el “alerta permanente” del que habla Lewis Herman. Sabemos que el mundo no es investido automáticamente, o que lo que se invierte casi automáticamente son las sensaciones (la conciencia primaria de S. Freud). Pero para que haya registro de cualidades, de matices, se debe diferenciar estímulo y pulsión, para lo cual los estímulos externos no deben ser continuos, sino que tiene que haber intervalos. En estos niños el mundo queda compuesto por infinidad de estímulos iguales, equivalentes y es imposible sostener una investidura estable. Son niños que presentan dificultades escolares por no poder concentrarse en las palabras del maestro, en tanto todo ruido, todo gesto pueden ser atemorizantes.

10) *En relación con la motricidad*, suelen tener una actividad de descarga, desorganizada. Allí donde se tendrían que haber inscripto las marcas del placer, sobre todo en relación con el movimiento y al dominio del mundo y del cuerpo, han quedado agujeros. Suelen predominar los procedimientos autocalmantes.

11) *Ligazón del dolor con el erotismo* (coexcitación libidinal) que lleva al goce masoquista.

Estas posibilidades pueden superponerse, sin ser excluyentes ni exhaustivas.

Transmisión de vínculos violentos

También tenemos que tener en cuenta que hay una transmisión de modos vinculares violentos, que generan perturbaciones en las interacciones familiares.

Hay una memoria de marcas corporales, de agujeros, memoria en la que lo que se hace es “desaguar” recuerdos, memoria del terror que insiste sin palabras, sin posibilidades de ser metabolizadas... marcas de golpes, de momentos de pánico, de silencios colmados de angustia y vergüenza, de alertas. Lo vivenciado por una generación y que no ha sido tramitado se transmite a la siguiente. Un ejemplo de esto: cuando estaban remodelando el hall del edificio de mi consultorio, la mamá de una paciente me pregunta al llegar: “¿Estalló una bomba?”. Esto nos dio pie a trabajar sobre lo vivido por sus padres, que habían sobrevivido a un campo de concentración y al modo en que esta historia, de la que no se hablaba, había sido vivida por ella y transmitida a su pequeña hija, con la que le costaba vincularse (como si todos los vínculos estuviesen signados por la posibilidad del estallido de bombas, de separaciones, de muerte).

Todo aquello que no pudo ser ligado, metabolizado, “digerido”, pasa en su forma “bruta” a los hijos y a los hijos de los hijos. Así, las angustias primarias, los terrores sin nombre, los estados de depresión profunda y de pánico, se transmiten como agujeros, vacíos, marcas de lo no tramitado. Tienen el efecto de golpes sorpresivos, frente a los que no hay alerta posible. Es decir, este tipo de transmisión crea en las generaciones siguientes zonas de silencio representacional, dificultando el pensamiento y el armado de caminos creativos.

El registro de diferencias, de cualidades y la posibilidad de nombrar, de historizar, de transmitir normas e ideales están ligados a la capacidad complejizadora

materno-paterno y posibilitan el reconocimiento del niño como un otro semejante diferente.

La violencia tiene consecuencias en los niños de ahora pero también en las generaciones siguientes. Como herencia, el problema es que no solo implica la repetición, sino que deja limitada la creatividad de los descendientes, que tienen que lidiar con una violencia interna im procesable.

El papel del psicoanalista

Sabemos que en muchos casos, niños que han sido maltratados pueden sostener la capacidad de contar la historia, de establecer otros vínculos...

A veces, si hay alguien, ya sea del entorno familiar o social, que cuida, un niño puede reescribir lo inscripto, tomarse de esa representación, de esa huella calmante, para rearmar una representación esperanzada.

Así, los niños del ghetto de Terezin pudieron dibujar y escribir poesías, testimoniando el horror que vivían cotidianamente, armando a la vez lazos de reconocimiento entre ellos y por parte de los adultos cercanos. Hubo quien les permitió que se expresaran, un grupo de adultos que se hizo cargo de ellos a pesar de las condiciones en la que vivían. En el caso de Stella Müller Madej, la niña de la lista de Schindler, el amor de sus padres fue un sostén permanente durante todos sus años en el campo de concentración. Por el contrario, una niña de dos años que fue golpeada tan brutalmente por su familia que debió ser internada en terapia intensiva, podía recordar los cuidados recibidos (acompañados por una relación afectiva por parte de médicos y enfermeras) como una situación placentera, que le permitía a la vez esperar otros vínculos (no solo los del maltrato). Es decir, a veces, cuando hay algún adulto que contiene y reconoce, el niño puede sostener lazos y recuperar la esperanza.

Entonces, en mi experiencia con niños maltratados, me he encontrado con niños que podían sostener la capacidad de pensamiento cuestionando el accionar del otro (generalmente de un modo desafiante), que podían investir libidinalmente al otro (aunque con cierta desconfianza) y que podían jugar (con ciertas restricciones).

Por el contrario, la mirada apagada y distante de los niños que han “perdido la partida”, que renunciaron a toda esperanza, alude claramente a la sensación de “estar muerto-vivo”, de entrega total a lo siniestro...

A la vez, como plantea Bernard Golse, debemos tomar en cuenta los efectos de resonancia entre la naturaleza cualitativa del trauma y la trayectoria relacional del sujeto (es decir, su historia vincular).

Este autor plantea que, para la elaboración del trauma, es necesario tomar en cuenta:

- 1) La naturaleza del trauma
- 2) La historia interactiva precoz y las características de los objetos primordiales
- 3) El rol que el entorno pueda jugar en tanto testigo vivo de los encuentros catastróficos del niño. En este sentido el valor de los testimonios es fundamental. El que haya otros que puedan poner palabras y hacer relatos.

En cada caso deberemos evaluar qué posibilidades ha tenido ese niño de instaurar condiciones de ligazón, de elaboración y de simbolización como para afrontar las situaciones traumáticas. También esto marca la diferencia entre las situaciones en las que el maltrato fue efectuado por otros ajenos al medio familiar o es efecto de situaciones sociales, y cuando dependió de la propia familia. Mientras que en el primer caso el maltrato se inscribe como un choque violento, una efracción, un acontecimiento implantado en el psiquismo como un cuerpo extraño, en el último caso, el psiquismo se estructura en la situación de violencia misma. Se hace mucho más difícil para el niño, entonces, constituir los “sostenes” internos para no ser arrasado por el maltrato.

También podemos pensar que todos los padres son ambivalentes, por lo que el maltrato puede haber sido precedido por un “buen” trato. Porque es diferente el estado psíquico de un niño que tiene inscripciones placenteras (como aquellos que son maltratados a partir del momento en que comienzan a deambular) que de aquel niño que soportó el rechazo desde el comienzo.

Con los padres, siempre que podamos encontrar algo de la ambivalencia en juego, el trabajo será posible como trabajo de deconstrucción y creación. Así como sabemos que decirles que no está bien maltratar a un niño no produce efectos, permitirles desarmar la repetición, ayudarlos a soportar a ese otro-no yo, a ese espejo que sienten siniestro, los ayudará a ubicarse con el niño como otro y a inventar nuevos modos de vínculo.

La sociedad tiende a silenciar las diferentes formas de maltrato infantil y se ensaña en cuestionar al que habla. El secreto, el silencio y el olvido van juntos. A la vez, los niños prefieren olvidar aquello que les duele.

Una nena de tres años y medio, cuyos padres consultan porque no habla, me explica con gestos y sonidos situaciones de violencia en su familia. En

la entrevista con los padres y la niña, yo comprendo lo que va diciendo con gestos y juegos. Se dirige a mí, me busca y me pide cosas, mientras que los padres permanecen distantes e insisten en que no le entienden. Por ende, no hay respuesta a su decir ni significación de sus gestos. Hay allí una violencia en la que la dejan sola. El maltrato se encarna en su falta de palabras. ¿Para quién hablar si no va a ser escuchada, si lo que tendría para decir es del orden de lo indecible? Esta niña repitió durante toda la segunda entrevista, en la que estuvo a solas conmigo: “papá chas chas mamá”, mostrando con muñecos y a través de dibujos (me pedía que dibujase personas) esta escena. Cuando le dije que había entendido lo que me contaba y le hablé de cómo ella se asustaba cuando el papá le pegaba a la mamá, de lo que sentía frente a las escenas de violencia, de sus miedos, comenzó a hablar en todos lados... Ella quería dar testimonio de lo que veía cotidianamente y necesitaba de otro que creyese en sus palabras y que pudiese decir lo que se callaba en la familia. Después de esa sesión, y cuando la nena comenzó a hablar fuera del consultorio, de otras cosas y también de esto, los padres vinieron indignados diciendo que su hija mentía, con un grado de violencia que confirmaba en el gesto lo que las palabras desmentían.

Es también habitual que un niño que ha sufrido maltrato se muestre en el consultorio muy desconfiado, que se sobresalte frente a cualquier ruido, que no pueda concentrarse en ninguna tarea y que tenga reacciones defensivas (del tipo de taparse la cara) frente a cualquier movimiento sorpresivo del analista.

Pero darle la palabra a un niño no es simplemente pedirle que hable sino saber escucharlo, escuchando también aquello que no dice con palabras. Debemos tener en cuenta que los niños son detectores de aquello que se pretende de ellos. Y cuando lo que se espera es que no diga, tendrá que vencer un obstáculo interno, dado tanto por su propia dificultad para poner en palabras lo que no tuvo palabras, como para desobedecer el mandato implícito del otro amado o temido que ordena silencio.

Darle la palabra a un niño implica conocer los diferentes lenguajes y cómo pueden los niños contarnos lo que sienten y piensan. Escuchar a un niño es también escuchar lo que no puede decir. Algunas veces, la mirada aterrada de un niño dice más que muchas palabras. Entonces, tenemos que tener en cuenta diferentes tipos de lenguajes: lenguaje gestual, lenguaje gráfico, lenguaje lúdico, lenguaje verbal (pensando que las palabras no siempre tienen el mismo valor que en un adulto).

Cuando se trabaja con niños que han sido maltratados, se ve que lo que necesitan es ampliar las posibilidades de simbolizar... entiéndase por esto

armar historias. Muchas veces no pueden contar su historia y están confundidos con los que les pasó y les pasa porque no tienen elementos para hacerlo. A veces es como si se hubiesen “atontado”, en el sentido de desmentir situaciones, de no querer enterarse.

En un taller de cuentos, en una institución en la que eran alojados niños que corrían riesgo en sus familias, un niño quería que los demás se callaran para que todo “terminara rápido”; quería silencio. El “terminar rápido” mostraba que él no quería que ocurriese nada y que lo que lo aturdí era el barullo, porque el ruido lo sacaba de un estado en el que caía (como desvitalizado). Con él, la meta era que pudiese conectarse con algo placentero, para después empezar a armar juegos e historias, y facilitarle el acceso al lenguaje. Pero lo primero era que soportase estar vivo, sintiendo y se pudiese conectar con algo que le gustara. También en esta institución pudimos ver que era fundamental para los niños que los relatos no fuesen solamente dichos. La palabra aparecía como un estímulo demasiado débil para ser tenido en cuenta. Se necesitaban colores, movimientos, sonidos, para que pudiesen seguir la historia. En tanto eran niños que habían sufrido situaciones de una violencia extrema, la capacidad de atender a pequeñas diferencias, a cualidades (como las palabras y los tonos de voz) estaba dañada y solo podían conectarse con estímulos “fuertes”.

El tema del testimonio parece ser fundamental. Poder armar un relato, ser escuchado no solo en la descripción de la escena sino en la transmisión de sus propios afectos, ser tomado en cuenta, es clave para que lo lacerante tome cuerpo y pueda ser metabolizado...

El objetivo es acompañarlo en un recorrido muchas veces arduo y doloroso, en el que pueda recuperar aquellos aspectos de sí que fueron aniquilados, silenciados o expulsados en el maltrato.

En relación con el valor de los testimonios, el analista es testigo privilegiado que puede, trabajando en la línea de la defensa de la vida, ir ayudando al niño a armar un relato, una historia, una trama que sostenga allí donde solo quedaban las marcas del dolor.

Es fundamental que se puedan ir recomponiendo, de a poco, los lazos con el mundo. Para lo cual habrá que ir descendiendo a los infiernos del maltrato, contactándose con los aspectos muertos, para poder significar e historizar, dando lugar a nuevas investiduras libidinales.

Primera versión: 19/06/09

Aprobado: 16/09/09

Bibliografía

Altounian, J. ; Crémieux, R. ; Golse, B. y otros. (2000). Devoir de mémoire: entre passion et oubli. En *Revue Française de Psychanalyse*, T. LXIV(1). París: PUF.

Aulagnier, Piera. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Aulagnier, Piera. (1986). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Benasayag, Miguel y del Rey, Angélique. (2008). *La chasse aux enfants. La Découverte*, París.

Bleichmar, Silvia. (2008). *Violencia social - violencia escolar*. Buenos Aires: Noveduc.

Freud, Sigmund. (1950(1895)). *Proyecto de una psicología para neurólogos* (Vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund. (1920g). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Golse, B. (2000). Du traumatisme entre pulsions de vie et pulsions de mort ou de la passion à l'oubli. En *Revue Française de Psychanalyse*, T. LXIV(1) (67- 77). París: PUF.

Green, Andrée. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Green, Andrée. (1991). "Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante". En Green, Ikonen, Laplanche y otros. *La pulsión de muerte*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.

Herman, Judith Lewis. (1992). *Trauma and Recovery*. Nueva York: Basic Books.

Janin, Beatriz. (1989). Aportes para repensar la psicopatología de la infancia y la adolescencia. En *Revista Argentina de Psicología*, 40, Buenos Aires: A.P.B.A.

Janin, Beatriz. (1994). Crisis ética y psicopatología infantil. En *Revista Argentina de Psicología*, 44. Buenos Aires.

Janin, Beatriz. (1997). "Violencia y subjetividad". En *Revista Cuestiones de Infancia*, 2. Buenos Aires.

Janin, Beatriz. (1998). "Trastornos del afecto, trastornos del contexto, marcas en el cuerpo". En *Actualidad Psicológica*, 257. Buenos Aires.

Janin, Beatriz. (1998). Los trastornos tempranos en la estructuración del psiquismo: la historia vivencial. En *Revista Cuestiones de Infancia*, 3, 7-22, Buenos Aires.

Jeammet, Philippe. (2002). La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad". En *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 33/34. Bilbao, España.

Kaës, R.; Faimberg, H.; Enriquez, M. y Baranes, J. J. (1993) *Transmisión de la vida psíquica entre las generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1996.

Laplanche, Jean. (1992). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1996.

Maldavsky, David. (1995). *Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Maldavsky, David. (1996). *Linajes abúlicos. Procesos tóxicos y traumáticos en estructuras vinculares*. Buenos Aires: Paidós.

Puget, Janine. (2005, marzo). Violencias en pareja y familia. Función testimonio, estado de amenaza, crueldad. En *Actualidad Psicológica*, 328. Buenos Aires.

Tisseron, Serge y otros. (1995). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1997.

Todorov, Tvezian. (1991). *Frente al límite*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Winnicott, D. W. (1996). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós.

Resumen

Este trabajo intenta esbozar respuestas a algunos interrogantes:
¿Qué responsabilidad tenemos los adultos frente a la violencia de niños y

adolescentes?

¿Cuáles son los desencadenantes de la violencia hacia los niños?

¿Cuáles son las consecuencias del maltrato en la constitución psíquica de los niños?

¿Cuál es el lugar del psicoanalista frente al maltrato infantil?

Palabras clave: violencia; estructuración psíquica; maltrato; trauma; psicoanálisis.

Summary

This paper attempts to outline some answers to the following questions. What is our responsibility, as adults, concerning violence in children and teenagers? What is it that triggers violence against children? What are the consequences of abuse as regards the psychological constitution of children? What role should psychoanalysts play concerning child abuse?

Key words: violence; psychological constitution; abuse; trauma; psychoanalysis.

Résumé

Le présent document tente d'apporter des réponses à certaines questions: Quelle responsabilité avons-nous les adultes par rapport à la violence des enfants et des adolescents? Quels sont les éléments déclencheurs de la violence des adultes envers les enfants? Quelles sont les conséquences de la violence dans la constitution psychique des enfants? Quelle est la place du psychanalyste par rapport à la maltraitance des enfants?

Mots clés: violence; constitution psychique; maltraitance; traumatisme; psychanalyse.

Beatriz Janin

Av. Córdoba 3431 Piso 10° "A"
(1188) Ciudad de Buenos Aires

Tel: 4963-4729

beatrizjanin@yahoo.com.ar